

No jurarás

Marta

Ricardo

Carolina

(En un rincón de la habitación se encuentra Ricardo. Está atado de pies y manos y su boca esta tapada con una gruesa cinta plástica. Éste comienza a despertarse lentamente. Por la puerta derecha de la habitación ingresa Marta).

Marta —Buenos días, mi amor, te traje el desayuno. Pan con miel y manteca, y mate cocido. ¿Viste cómo me acuerdo? ¡Ya pasó tanto tiempo! (Le saca la cinta). ¿Cómo andás vos?

Ricardo —(Sorprendido). Marta ¿Qué hago acá?

Marta —¿Qué pregunta es esa? Este es nuestro nidito de amor. ¿No te acordás? Claro, es que ya pasó tanto tiempo. (Feliz). Pero ahora estás acá, de vuelta, y esta vez no te me vas a escapar.

Ricardo —Soltame.

Marta —Nunca. Esta vez no. Esta vez no vendrá ninguna chirusa a enamorarte y sacarte de mi lado.

Ricardo —Marta, eso fue hace... (piensa)...dos años.

Marta —Dos años habrán sido para vos; para mí fue una eternidad. Vos no sabés, vos no entendés... Encerrada acá sin ver el sol... Si no fuese por mi mamá que viene todas las noches a traerme algo de comer, ya me hubiese muerto.

Ricardo —Pero... ¿por qué no saliste?

Marta — (Sorprendida). ¿Cómo iba a salir? ¿Y si venías? No podía arriesgarme. Yo esperaba que te canses de Carolina.

Esperaba tu vuelta. Esperaba que vuelvas arrepentido a mis pies.

Ricardo —Pero yo te expliqué.

Marta —(Histérica) ¿Qué me explicaste? ¡Nada! Vos me juraste que ibas a estar conmigo toda la vida, me juraste protección, vos me juraste amor eterno. (Emotiva). ¿Te acordás? Fue una noche de invierno. Estábamos los dos juntitos, abrazaditos debajo de las frazadas. Habíamos terminado de hacer el amor. Y vos me dijiste: "Marta te amo, te entrego mi cuerpo y mi alma. De ti depende mi felicidad y mi tristeza". ¿Te acordás ahora?

Ricardo —Sí, me acuerdo. Pero todo cambia, Marta. Nada es para siempre.

Marta —No me vengas a mí con frases hechas y filosofía barata. ¡Vos juraste!

Ricardo —Marta, tenés que entender, ahora mi cuerpo pertenece a otra persona...

Marta —(Interrumpiéndolo y gritando) Sí, a Carolina. A esa perra rastrera.

Ricardo —(Gritando). Callate, no le digas así. Yo la amo.

Marta —Sí, como me amabas a mí.

Ricardo —Marta, nosotros fuimos novios nada más que tres meses. Yo salgo desde hace dos años con Carolina.

Marta —¡No me importa! (Se levanta y se lleva la bandeja). Vos primero me diste tu cuerpo a mí... ¡ahora es mío! ¡Discusión terminada! (Sale por donde había entrado)

Ricardo — (Gritando) ¡Marta! ¡No! ¡Vení, desatame! ¡Me tengo que ir! ¡Marta!

Marta —(Entra con el rollo de cinta en la mano). Muy bien. Como no quisiste desayunar, y en cambio elegiste discutir, te voy a poner en penitencia, para que vayas aprendiendo que conmigo no se juega.

Ricardo —No Marta, no me tapes la boca, me voy a portar bien. Te lo juro.

Marta —(Sorprendida) ¿Te lo juro? ¡Pero qué hijo de...! (Tapándole la boca). Ahora sí, vas a saber lo que es bueno. (Se

escucha el timbre, ambos se sorprenden. Preguntando felizmente). ¿Quién es?

Carolina —(Neutro). Carolina.

Marta —(Lo mira a Ricardo a los ojos y este desesperado se empieza a sacudir para todos lados.) ¡Sorpresa! Mirá quien llegó a nuestra fiesta. (Marta empuja a Ricardo y los saca por izquierda). Ahí voy, Carolina. (Sale por puerta la derecha y hace entrar a Carolina. Ambas entran a la habitación). ¿Cómo andás?

Carolina —(Asustada). Bien, bien. ¿Y Ricardo? Dijiste que iba a estar acá. ¿Dónde está?

Marta —Tranquil, a muñeca. Qué hermosa que sos. Vení, sentate. (Ambas se sientan alrededor de la mesa). ¿Encontraste rápido mi casa?

Carolina —Sí, bastante.

Marta —Me imagino que Ricardo te habrá hablado mucho de mí... ¿no?

Carolina —No, la verdad que no. Te habrá mencionado un par de veces no más.

Marta —(Exaltada) ¡¿Un par de veces?!

Carolina —Ajá.

Marta —Hipócrita. (Tranquilizándose). Bueno..., mirá, te explico. Parece que vos tenés algo que antes era mío... ¿me entendés?

Carolina —¿Yo? ¿Tuyo?

Marta —Sí, tenés algo mío. Y quiero que me lo devuelvas.

Carolina —Claro, si es tuyo como no te lo voy a devolver.

Decime... ¿Qué querés que te devuelva?

Marta —A Ricardo.

Carolina —(Sorprendida). ¿Querés que te devuelva... a Ricardo? (Se larga a reír). Dale, che. ¿Qué querés?

Marta —Ya te dije. A mí, Ricardo, se me entregó en cuerpo y alma. Aunque él, ahora, se vaya a casar con vos, es mío y lo será para siempre.

Carolina —(Simulando tranquilidad). Mira, Marta, esas cosas siempre se dicen en los noviazgos, “te amaré para siempre” o cosas por el estilo. Pero es simplemente... cómo decirlo...

Marta —(Aseverando). Un juramento.

Carolina —No, a ver... Es una manera de expresar lo bien que se sienten en ese momento... y es eso lo que hace jurar y prometer cosas que quizá luego no se puedan cumplir.

¿Entendés?

Marta —¡El juró, el juró! ¿Vos sabés lo que es jurar?

Carolina —Me parece, Marta, que vos necesitás ayuda profesional. Yo tengo un amigo... (Le da una tarjeta).

Marta —(Se levanta violentamente interrumpiéndola). No, yo no necesito nada. Lo único que quiero es a Ricardo, y quiero que me lo entregues por las buenas.

Carolina —(Comenzando a levantar la voz). Mirá, Marta, dejá el pasado atrás, hay miles de hombres. No seas caprichosa, y decime dónde está Ricardo, sino querés que llame a la policía.

Marta —Nunca. (Se escuchan golpes por izquierda. Carolina corre y sale por derecha. Marta se desespera y saca un cuchillo de entre sus harapos y lo esconde detrás de sí. Entra Carolina con Ricardo, el cual ya tiene las piernas desatadas).

Carolina —¿Qué hiciste? ¡Estás enferma! (Carolina le da la espalda a Marta para sacarle la cinta de la boca a Ricardo. Éste se sacude denotando alarma).

Ricardo —(Le saca la cinta. Ricardo gritando). ¡Cuidado! (Marta le clava el cuchillo a Carolina por la espalda. Ésta cae agonizando sobre el cuerpo de Ricardo, el cual tiene todavía las manos atadas). ¡No! ¡Hija de puta! ¿Qué hiciste? (Llora y le habla a Carolina desesperado). Mi amor, mi amor. (Ella muere).

Marta —Se me resbaló el cuchillo. Yo no quise. Es que no me quiso dar lo que me correspondía. Yo intente por las buenas, vos nos escuchaste. ¡Vos nos escuchaste Ricky!

Ricardo —(Llorando). Enferma, sos una enferma de mierda.

Marta —Quizá. Pero si lo soy, es por tu culpa.

Ricardo —Mentira.

Marta —(Ella se acerca lentamente y le pones el cuchillo en el cuello). Sí, por tu culpa. Nunca tendrías que haber jurado. (Ricardo se yergue asustado). Ahora sos mío. Ya nadie se interpondrá entre nosotros.

Ricardo —Soltá ese cuchillo, Marta.

Marta —Lo voy a soltar cuando estés dispuesto a cumplir con tu juramento. Lo vas a tener que hacer. Me vas a tener que amar... (Susurrádoselo lentamente) ...para siempre.

Ricardo —(Tratando de zafarse). ¡Nunca te voy a amar! ¡Nunca, hija de puta!

Marta —(Sin poder soportarlo. En un grito terrible.) ¡No! (Le abre el cuello con el cuchillo. Cuando el cuerpo cae reacciona y se da cuenta de lo que hizo. Desesperada). No, Ricky. Mi amor, no. ¿Por qué, Dios? ¿Por qué? No mi amor. (Violenta) ¡No te vayas! ¡Vos me juraste que ibas a estar conmigo para siempre! ¿Me traicionas de vuelta? (En un grito). ¡Vos me juraste! (Comienza a calmarse lentamente. Se seca las lágrimas. Lo mira con ternura. Lo desata. Pone su cuerpo sobre la mesa y comienza a desnudarlo). Por lo menos cumpliste con un juramento. No tendré tu alma, pero sí tu cuerpo. Tu cuerpo hasta el fin.